

estamos discutiendo las ideas, y no errores de las personas. (Aplausos.)

Sin embargo, voy á dar algunas explicaciones sobre el particular, para demostrar que no he incurrido ni en el error, ni en la contradicción que se me atribuye.

La inmigración galense, como la vascongada, la irlandesa, la gallega y la liguriana, tiene sus precedentes históricos y morales y obedece á los móviles de ciertas razas, que conservando el sello y la tradición de la raza primitiva, no pertenecen en realidad á la comunión política de que forman parte. El país de Gales, como la Irlanda, no habla inglés; no es inglés, ha sido conquistado, ha vivido oprimido y vegeta en la miseria ó sin esperanza de poderse elevar, lo mismo que sucede al vasco y al gallego, teniendo todos ellos de común el pertenecer á la raza céltica, lo mismo que los genoveses, explicándose tal vez por esto que son los pueblos que tienen más tendencias á emigrar hacia el Río de la Plata atraídos los unos por los otros. Por eso la inmigración de la Irlanda es un sentimiento y un plan de despoblación y repoblación, como el éxodo de los israelitas, según ellos mismos han denominado su movimiento migratorio; y sólo así se explica que de ocho millones de irlandeses emigrasen dos millones en el espacio de diez años, buscando una nueva patria en que vivir y morir, un suelo libre en que poder trabajar para el porvenir de su raza. Esto es lo que sucedía en el país de Gales, cuando se formó allí una sociedad que podemos llamar cooperativa, con el objeto de promover la emigración en masa, para venir á fundar una nueva en el extremo del Continente Americano á imitación de la Nueva Gales del Sur en Australia, buscando en ello no sólo mayores ventajas, sino también impulsados por esa necesidad de abrirse nuevos horizontes para ellos y para sus hijos. Pero esos inmigrantes movidos por sentimientos tan elevados, no se presentaron á nuestros representantes por empresarios, cuando nos pidieron tierras para venir á construir su hogar en las remotas regiones del Sur. Todos ellos eran á la vez empresarios y asociados, colonos y soldados, que ponían en común todo

lo que tenían para realizar la operación de emigrar, establecerse en la nueva tierra á que iban á trasladar sus penates: era la asociación libre y la idea cooperativa en toda su pureza.

Ellos no pidieron sino tierra gratuita, y fué lo único que el Gobierno les dió, haciendo uso de la autorización que al efecto tenía el Congreso, y sobre estas bases se establecieron sobre el Chubut en el territorio patagónico. Es cierto que más adelante se auxilió á la colonia galense con semillas, bueyes y un año de alimento; pero todo ello no importó más que lo que se gasta en mantener estérilmente la ociosidad y los vicios de una tribu de indios salvajes, por los cuales el Congreso está anualmente gastando fondos con este objeto. Mientras tanto los galenses eran no sólo una avanzada de la civilización contra las irrupciones de los bárbaros, sino también el núcleo de una gran población futura que podría resolver pacíficamente una cuestión de límites pendiente con una de nuestros limítrofes, y por tanto merecía que se hiciese en su obsequio alguna erogación especial.

Yo me permito incitar á cada uno á tomar su lápiz y sacar la cuenta, comparando el gasto en favor de los galenses y de los indios llamados amigos, y se verá que cuesta más al erario cada indio en cada año, que lo que se gastó por una vez en los galenses.

Así, pues, el Gobierno que yo presidía fué lógico con el principio, aunque al parecer aparece desviándose en algo del sistema de la inmigración espontánea, desviación que por otra parte se justificaría por las grandes consecuencias que se tenían en vista con una erogación tan mínima. Por lo tanto el ejemplo de la colonia galense, no es siquiera un argumento personal.

Respecto de los ejemplos de otros países, aducidos por el señor senador en favor de su sistema, todos ellos ó son incompletos, ó mal comprendidos ó contraproducentes.

El ejemplo de Nueva York que se cita, mal comprendido y peor aplicado, no prueba nada en su sentido, y prueba en otro lo mismo que estoy sosteniendo. No puede



ponerse en duda que el Estado de Nueva York gasta más que nosotros en inmigración, porque es un hecho aritmético. Es un Estado que tiene doble renta que la Nación, y que recibe cinco veces más inmigrantes que nosotros, y por consecuencia puede y debe gastar más que nosotros. Esto no prueba nada, y prueba mucho menos si se considera lo que parece ignorarse, y es que una parte de esos gastos es costeadada por los mismos inmigrantes que se cotizan voluntariamente, para asistir á sus compatriotas desvalidos y para costear el pasaje de sus deudos por su propia cuenta, y sin intervención del Estado. Lo que debe averiguarse es cómo y en qué gasta ese dinero. ¡Pues bien! lo gasta lo mismo que nosotros indirectamente, en hospedaje y alimentación temporaria, en transportes interiores, agencias auxiliares ó promotoras, en una palabra, en ofrecer á los inmigrantes recién llegados una hospitalidad digna del país que los recibe; y no se ha de citar un solo peso gastado en primas ni auxilios de pasajes del exterior, ni en contratos con empresarios, ni ninguna protección directa á la inmigración artificial, ni en nada que no sea equitativamente distribuído en la masa de la inmigración espontánea, que es lo que constituye la originalidad y la excelencia del sistema que sostengo lo mismo aquí que en Nueva York. Por consecuencia, este ejemplo prueba lo contrario de lo que mis opositores sostienen.

Los ejemplos de Chile y del Brasil, tantas veces repetidos, prueban ante la razón y ante el hecho la derrota del sistema de la inmigración artificial. Chile con más buena voluntad y generosidad que inteligencia y fortuna, ha querido pagar á precio de oro hombre por hombre, porque ni el país, ni su porvenir ofrecen aliciente alguno á la inmigración espontánea, y por eso en diez años de sacrificios, sólo ha conseguido lo que nosotros obtenemos en un mes con ¡un gasto de sesenta centésimos por cabeza! Y en cuanto al Brasil, que más ó menos se halla en las mismas condiciones, aparte de que la importación de colonos pagos es un medio de llenar el déficit de las importaciones de esclavos comprados (siempre el tráfico del hombre por el

hombre), hace algún tiempo ha abandonado ese sistema que no daba resultado. No hablemos más de esto que ya está juzgado y condenado, y de que sólo se ocupan los rezagados en el camino de los grandes adelantos, que no saben que la cabeza de columna entra triunfante á la ciudad universal, mientras que ellos no alcanzan á divisar ni siquiera la cola de los que van adelante.

La comisión de inmigración de Buenos Aires al enumerar esos gastos hechos indirectamente en favor de la masa de los inmigrantes, se queja, y con justa razón, del estado miserable en que se encuentra el Asilo de Inmigrantes, y sin embargo, pretende al mismo tiempo que abandonemos el sistema de la protección indirecta en favor de la inmigración espontánea...

Señor Oroño.—¿Pero quién ha dicho eso?

Señor Mitre.—Yo lo digo. El señor senador ha hecho leer la nota de la comisión, para mostrar precisamente lo que menos convenía á su tesis.

Señor Oroño.—Para mostrar que la comisión de inmigración aconseja el pago de una parte del pasaje.

Señor Mitre.—Y para mostrar eso, que ya estaba refutado, he tenido que citar la parte de la nota en que se pinta la miseria vergonzosa en que se encuentra el Asilo de Inmigrantes que se trasladan á su costa al país. Por eso decía: si tenemos dinero disponible, si podemos hacer una emisión de dos millones de fuertes para aplicarla á la inmigración, lo que equivale á 200.000 pesos disponibles al año, invirtamos una parte en levantar un monumento á la inmigración para ofrecerle una hospitalidad digna de ella y de nosotros, y gastemos el resto como se gasta en Estados Unidos, lo mismo en Nueva York que en la Carolina del Norte.

Ahora, despejado el campo de la discusión de modo que pueda abarcarse horizontes, restablecidos los hechos en su verdadero valor, y establecidos con solidez los puntos de apoyo, séame permitido exponer además algunas consideraciones morales y políticas, que trabajan mi espíritu como hombre y como argentino, y que debe tener presente



todo pensador que ame á su patria á la vez que á la humanidad.

La emigración y la inmigración, señores, es una evolución de la humanidad, que obedece á leyes fijas, que tiene su razón de ser, y que como la savia nueva que se elabora en las raíces asciende y desciende libremente en el árbol de la vida. Es una pasión y una necesidad de nuestro siglo, que responde á sentimientos y á instintos, á aspiraciones morales y materiales, y que tiende por una compensación armónica al equilibrio de la especie humana en ambos hemisferios. En la Europa es un correctivo del pauperismo y un nuevo campo de actividad abierto á las sociedades inmobilizadas. En América, es un elemento de progreso y de trabajo por la comunión de las razas emancipadas de la tiranía del privilegio y del lote de la miseria, y su consorcio bajo nuevos principios de sociabilidad, á que responde la forma de la República y la regla de la igualdad, que es la ley del Nuevo Mundo, adonde la inmigración afluye en busca de una nueva patria.

Esta evolución grandiosa puede llamarse la comunión universal de todas las razas y de todas las nacionalidades, y el pueblo que aspira á engrandecerse por medio de la inmigración debe estar purificado y preparado para recibirla por medio de largas vigiliias, de modo que al inocularse ese elemento nuevo, reciba y dé la vida, en una asimilación recíproca, fecunda y regeneradora á la vez. (Aplausos.)

La aclimatación del elemento extranjero es un alimento fuerte, que puede ser dañoso, si el país no está preparado para recibir al colono desde que pisa sus playas hasta que se funde en la masa social, poniéndolo al amparo de sus leyes y subordinándolo á ellas en lo presente y en lo futuro. Es el sentimiento de la patria combinado con el sentimiento cosmopolita lo único que puede producir este resultado, así como los sistemas artificiales que de esto nos alejen pueden convertir una bendición en una calamidad para nuestra patria y nuestra raza. Por eso debemos tener ideas claras, previsiones largas, voluntad firme y tranquila, y velar constantemente noche y día, para que la inmigra-

ción encuentre en nosotros un núcleo fuerte á que adherirse para que se asimile á nuestro propio ser, eche raíces en nuestra sociedad, se penetre de nuestros intereses, y hasta de nuestras pasiones generosas para que robustezca nuestra nacionalidad y no la enerve, para que temple y regenere nuestra raza recibiendo nuestro bautismo y nuestras ideas y sentimientos se transmitan de generación en generación con el sello típico de nuestro primitivo origen. (Sensación.)

Esta es condición de vida futura, tanto más indispensable, cuanto sean más remotos los puntos de donde venga la inmigración y más difiera de nosotros por su origen, sus antecedentes y costumbres. Sucede que, aunque miembros de sociedades más adelantadas, el atraso de sus ideas es relativamente mayor porque es radical toda vez que los inmigrantes han nacido y se han criado bajo la ley del absolutismo, respetando el privilegio, y vienen atraídos por promesas de la fortuna. Entonces es un elemento desmoralizador en política, que puede introducir un principio de perturbación en la sociedad, si no hay una fuerza viril y propia que modifique su acción y la haga concurrir eficazmente al movimiento general.

El inmigrante europeo trae por lo general cierto indiferentismo político, cierta tendencia á respetar ante todo los poderes fuertes, á sacrificar la libertad á la paz de los intereses, y á esta influencia nociva atribuye Chevalier los vicios que se notan en el sistema de la democracia norteamericana desde el principio de este siglo, que ha dado origen á las exageraciones del partido nativo que quería excluir la inmigración.

Los Estados Unidos hubieran sucumbido como asociación política bajo la onda creciente de la inmigración, que en ciertos momentos ha representado casi el tercio de las fuerzas humanas que formaban el pueblo, computando los extranjeros y descendientes de ellos. Pero no ha sucedido así porque estaban armados de esa fuerza moral que á la par que conserva y mejora, domina y organiza para bien de todos. Los descendientes de los antiguos peregrinos de la nueva Inglaterra, constituyen el nervio y núcleo de esa



raza que se transmite, como la raza bramínica, la misión de conservar puras las tradiciones y la palabra genuina de Wáshington y de Franklín, salvando sus instituciones de la desmoralización política, asimilando á la democracia todo cuando se ponga en contacto con ella, tomando al inmigrante mal educado para la vida, libre al pisar las playas americanas, doblegándolo al áspero régimen del propio gobierno, y fundiendo como el metal el elemento extraño para vaciarlo en el molde común y estamparle el sello indeleble de la nacionalidad.

Esta es la ancha y sólida base de la inmigración, y sólo sentándola sobre ella no vacilará su estatua en el porvenir; y por eso he dicho y digo, que en el presente deben cumplirse las leyes naturales, en vez de establecer ese antagonismo artificial á que propenden ideas imprevisoras y atrasadas como las que combato con la fe de la convicción tranquila y reflexiva, con toda la pasión del patriotismo ilustrado.

Yo quiero que sobre esa base se funde todo un sistema previsor, que sirva de regla al desenvolvimiento progresivo de la población por medio de la inmigración asimilada al elemento nacional, y á esto responde en lo presente y lo futuro, la gran ley de la inmigración espontánea. Yo quiero que el extranjero que venga á esta tierra, en vez de levantar la tienda provisional del peregrino se siente en nuestro hogar al calor del fuego nativo, que nuestra patria sea su patria, porque encuentre aquí todos derechos y garantías á que puede aspirar, que nuestros intereses sean comunes, que nuestros hijos y los hijos de los inmigrantes se identifiquen en un solo amor, para que nuestra raza se salve, para que nuestro estado social se mejore, para que nuestra nacionalidad no se debilite, para que nuestros hijos no vayan más tarde á parar á la cocina y para que el nombre y la bandera argentina no sean un eco y una nube que se lleve el viento. (Aplausos.)

No digo que por esto hubiesen de quedar desiertas estas regiones, ni que dejase de concurrir al progreso de la humanidad; pero no sería la República Argentina, no se-

ría su raza, su obra, la que prevalecería, sería otra cosa buena ó mala; pero distinta y extraña, que habría sepultado á nuestros descendientes como esos restos antidiluvianos que yacen inertes en las entrañas de la tierra bajo capas más poderosas que las oprimen.

Tal sería el resultado que daría el triunfo de esas ideas que tienden á proteger una inmigración heterogénea, con leyes y tendencias distintas de las nuestras para que nunca se asimile á nuestro ser, y que creará el antagonismo entre la raza indígena y la inmigración espontánea, constituyéndola en entidad privilegiada que puede vencernos moralmente con las mismas armas que le entreguemos, y que más tarde, si no ponemos remedio, puede pasar por encima de nosotros cubriéndonos para siempre como la ola que tapa el escollo.

Se cita el Brasil para abonar este sistema, y véase lo que ha sucedido en el Brasil con la colonia alemana de San Leopoldo, una de las más florecientes.

La raza alemana es una de las que más tiende á expatriarse, y la que con más facilidad se identifica con el modo de ser del país que elige para residencia definitiva, como se ve en los Estados Unidos, donde existen hoy más de dos millones de alemanes que son otros tantos ciudadanos de la Unión. Ramas de una nacionalidad robusta, se injertan fácilmente en el tronco de las nuevas sociedades y en ellas florecen y dan sus frutos aclimatados. Pero en el sistema de inmigración artificial ensayado por el Brasil, las colonias alemanas fueron pedazos de la Alemania trasladados al territorio brasileño y á los cuales sólo faltaban murallas y cañones para ser un campo fortificado en medio de la nación que los atraía. Viviendo de su propia vida, sin contacto con el país, sin reconocer más leyes que las suyas, ni hablar otra lengua que la nativa, educando á sus hijos sobre la base de que eran ciudadanos alemanes, rebeldes á toda noción de disciplina civil, dependiendo del cónsul ó del ministro diplomático de su nación más que del gobierno de la tierra, semillero de dificultades, foco de descontento, y motivos de disgustos para la población indígena,



la colonización artificial del Brasil se desacreditó como se han desacreditado todas las colonias artificiales en la América del Sur, y como se desacreditarán, por las mismas causas, todas las que en adelante se ensayen sobre la base del proyecto inconsistente que estamos discutiendo.

No quiero decir por esto que excluamos de nuestro programa de población las colonias que se forman por grupos de nacionalidades ó de afinidades espontáneas; siempre que esas asociaciones tengan por base la espontaneidad y la libertad; porque desde que lleven en sí esos gérmenes fecundos, ellos serán nuestros hermanos desde el primer día, y sus hijos serán nuestros hijos con arreglo á nuestra ley que hace obligatoria la ciudadanía natural. La colonia galense de que hablé antes, la colonia inglesa de Córdoba, la colonia alemana de Baradero, las colonias suizas, norteamericanas, italianas y francesas de Santa Fe y Entre Ríos, fundadas sobre esa base, son modelos dignos de imitarse, porque pertenecen al orden de las colonizaciones espontáneas en que la acción del gobierno local sólo concurre con lo que es de uso común para nacionales y extranjeros, que es á lo que debe tender una buena ley de colonización que tenga por objeto conquistar el desierto para la civilización. Pero no hagamos de la inmigración artificial, como ahora se pretende, la base de nuestra población futura, y si tenemos medios como se dice, para emplear dos millones en comprar cien mil colonos, gastémoslos sin vacilar en beneficiar por igual la masa de cien mil inmigrantes que en breve acudirán cada año á nuestras playas, obedeciendo á la ley natural de la emigración y de la inmigración espontánea.

Esto es lo que tenía que decir para dejar fijada mi bandera en esta cuestión, y espero que estas ideas, habiendo dado tan buenos frutos en el pasado, han de ser la norma del porvenir.

He dicho.

Señor Oroño.—(Refuta y rectifica de su punto de vista algunos de los argumentos y ejemplos del anterior.)

Señor Mitre.—No habiéndose adelantado ningún argu-

mento que proyecte nueva luz sobre este debate, renuncio al uso de la palabra, con tal de que se proceda á la votación.

Señor Quintana.—(Ausente durante la discusión. Reabre el debate, diciendo que si el artículo en cuestión no pasase, se habría perdido estérilmente el tiempo empleado en dilucidarlo, entrando en diversas consideraciones en su apoyo, y terminando por decir, que el pensamiento que envolvía sería la verdadera norma del porvenir, y la base del engrandecimiento de la República en materia de colonización.)

Señor Mitre.—Había dicho que hablaría por última vez, y consecuente con esta declaración he renunciado al uso de la palabra para rebatir los nuevos argumentos que se me han opuesto después, á condición de que se procediese á la votación. Pero, habiéndose reabierto el debate, me veo obligado á pronunciar mis últimas palabras en esta cuestión, que serán verdaderamente breves, porque procuraré condensar mi pensamiento, diciendo lo único substancial y práctico que me quedaba por decir.

Se observa muy bien que, si el artículo en discusión no pasa, se habrá perdido miserablemente el tiempo discutiendo este proyecto de ley, porque, en efecto, la prima acordada al pasaje de los inmigrantes entrafía todo el significado del sistema, y es en realidad el eje alrededor del cual giran todas las disposiciones accesorias que á él se subordinan. Por eso se han concentrado en torno suyo todos los esfuerzos para defenderlo y combatirlo, y al reconocer la trascendencia del rechazo, se ha descubierto el flanco, y se ha condenado irremisiblemente la idea, sea que ella triunfe ó no por una votación parcial de esta Cámara.

En efecto, señores, habríamos perdido miserablemente nuestro tiempo, como se dice, si este artículo fuese aceptado, no por el tiempo que hemos empleado en ilustrarlo, sino porque habríamos anulado las leyes que hemos votado anteriormente respecto de inmigración y colonización, y lo que es más, habríamos condenado el sistema contrario á



que debemos los beneficios que todos reconocen, reaccionando irreflexivamente contra él.

El sistema que practicamos no es hijo de la casualidad, como se ha demostrado. En diez años de ensayos él nos ha dado resultados admirables, que han sorprendido aún á los mismos que prestaron fe á las previsiones de los que confiaban resueltamente en su eficacia, desoyendo proposiciones inconsistentes basadas en métodos artificiales. Tiene la sanción de la ciencia, la antorcha de la experiencia alumbrando su camino, el genio de la libertad preside su marcha, ha hecho la grandeza de la Australia en la parte en que se ha practicado, y es la base inmovible de la prosperidad creciente de los Estados Unidos, con los cuales compartimos la gloria de su éxito.

Todos reconocen que el sistema es bueno, es el único acreditado y probado, y confiesan que si las corrientes de la inmigración espontánea se paralizasen ó se desviasen, la República retrocedería inmensamente en el camino del progreso que recorre con noble aliento, dando lecciones prácticas que debieran enseñar algo á los legisladores.

A este sistema sólo le falta complementarse, combinándolo con un método popular de la distribución de la tierra, de modo de ponerla al alcance de extranjeros y nacionales igualmente, aplicando la energía y lanzando la actividad de la población propia ó asimilada en los vastos espacios de los desiertos que tenemos que conquistar para la civilización.

Entonces podremos inscribir en nuestra bandera de inmigración la famosa leyenda del sistema norteamericano: «Libertad y Propiedad», y el último esfuerzo estará hecho y la última palabra estará dicha.

Mientras tanto, concurren irresistiblemente á su progreso y desarrollo, el suelo, el clima, las leyes económicas y hasta las leyes morales que Dios ha escrito en la conciencia humana, al hacerla libre, al dotarla de la voluntad de liberada y templar el alma con las fuerzas viriles que hacen la grandeza de las naciones y la felicidad de los individuos.

Las ideas artificiales y enfermizas que no se armonizan con estas leyes, sostenidas más bien por irreflexión que en odio á ellas, no conseguirán contener su expansión, y serán las piedras en medio de la corriente, que sólo servirán para poner en evidencia la fuerza viva que marcha en medio de las masas inertes que apenas producen la espuma que se disipa en el acto.

Por eso no me ocupo más de ese proyecto muerto, aun cuando él importe una reacción contra el único sistema de inmigración que la ciencia y la experiencia ha acreditado, y que hasta las mismas leyes provinciales consagran.

Espero que tales ideas nunca llegarán á ser la ley de la República, porque espero que aun cuando se arrastrase hasta la otra Cámara, allí será enterrada con los honores que merecen las buenas intenciones, que se detienen en la orilla de la corriente, mientras otros se lanzan á ella para seguirla y gobernarla.

Y si á pesar de esto, ella llegase á tener el nombre de ley, sería un nombre vano, porque está de antemano condenada á la esterilidad más vergonzosa, como puede demostrarse numéricamente.

Dos millones de emisión, que importan cerca de cuatro millones en veinte años á razón de doscientos mil pesos anuales, en el servicio de la deuda, es el esfuerzo supremo que la República Argentina podría hacer durante ese período en favor de la inmigración artificial, y esto desatendiendo la protección indirecta que debe por igual á la masa de la inmigración espontánea. Por consecuencia, durante esos veinte años la República se esclavizaría á la empresa que este proyecto trata de favorecer, y por lo tanto no podría extenderse como sistema de protección á otras empresas análogas en ese espacio de tiempo. Y como esa empresa sólo ofrece cien mil inmigrantes en diez años, ó sean diez mil al año, lo que es igual al número de inmigrantes espontáneos que dentro de muy pocos años tendremos cada mes, se sigue que la idea es estéril aun para los mismos fines que sus autores tienen en vista, y que es impotente por su misma absurdidad, puesto que ni es sistema practicable,



y si lo fuere parcialmente, no podría ser ni ahora ni nunca el regulador del desarrollo de la población argentina, que obedece á otras leyes, y se alimenta de otras fuentes que son inagotables como el foco de la luz, que fecunda los campos y brinda con riquezas mayores que las que puede ofrecer el erario de los contribuyents.

Así, firme en las creencias que han dirigido constantemente mi labor en materia de inmigración, y confiando tranquilamente en el cumplimiento de las leyes naturales que constituyen la base del sistema que sostengo, dejo que esas leyes se cumplan á pesar de las leyes artificiales, que tiendan á contrariarlas. Y ahora sí que he dicho mi última palabra y no volveré á hacer uso de ella.

He dicho.

LI

CAUPOLICAN MOLINA

Abril 26 de 1871.

Señores: Cuando el culto de la caridad y el amor de la virtud nos agrupa en torno de la tumbà de un hombre bueno, que aceptó y cumplió deliberadamente su misión benéfica sobre la tierra, pocas palabras bastan para poner en comunicación los corazones haciendo que al calor de la simpatía, sus sentimientos se eleven puros al Cielo, acompañando el alma de los muertos á la región serena de la inmortalidad.

El doctor Caupolicán Molina fué un hombre bueno y un hombre fuerte en el sentido del amor y del bien, y si todos le deben un tributo póstumo, se lo deben especialmente los hombres de acción y de espada, cuyas fatigas compartió, derramando el bálsamo consolador del médico sobre sus heridas, y acompañándolos en todos los peligros, armado de la cuchilla salvadora de la ciencia que cura en vez de matar.

Si pretender exagerar el cuadro de la modesta y trabajada vida del doctor Molina, dentro del cual se extendió su esfera de generosa acción, pueden proyectarse sobre su simpática figura algunas luces de la historia contemporánea, que alumbrando el camino que recorrió en la vida, brillen sobre su tumba y se reflejen más allá de la muerte.

Como practicante de medicina hizo sus primeros ensayos de hombre de ciencia y de soldado de la caridad, durante el sitio de Buenos Aires, vendando las heridas de sus defensores al pie de las trincheras en que se combatía por la civilización y la libertad del Río de la Plata, enrolán-